

CAPITULO V

EL MAL Y EL OPTIMISMO

I. ¿Qué es el mal? Mal metafísico.—II. ¿En que se funda la corruptibilidad de los cuerpos? Mal físico.—III. ¿Por qué el alma está unida al cuerpo? Mal moral.

I

«¡Oh hijo mío, tú crees que existen los dioses, quizá porque hay entre su naturaleza y la tuya un parentesco divino que te impulsa á reconocerlos y á honrarlos! Pero caes en la impiedad, al contemplar la prosperidad que corona las empresas públicas y privadas de los hombres injustos y malos. Veo claramente que entonces, no queriendo, á causa de esa afinidad que te une con los dioses, acusarles de ser los autores de estos desórdenes, y arrastrado por razonamientos insensatos, como no puedes dirigir tu indignación contra los mismos dioses, vienes á decir que, á la verdad, existen, pero que desprecian los asuntos humanos y no se dignan ocuparse de ellos.»

Es irracional acusar á los dioses de indiferencia. Pero entonces, ¿de dónde procede el mal?

Difícil es definir el mal, porque no hay facultad del alma que lo pueda conocer directamente. Para Platón, la condición necesaria de todo conocimiento es ó

la identidad ó la analogía del sujeto que conoce y del objeto conocido. Pero en nosotros no hay nada que no participe del Bien de alguna manera, y el acto mismo del conocimiento por el que percibiríamos un mal sería ya un bien, dado que todo conocimiento es imposible sin una participación de las Ideas. El mal, pues, se parece á lo falso que el alma no percibe directamente, sino en su relación de oposición con lo verdadero. Igualmente, si el mal puede ser conocido, es en su relación con el bien, del cual es el contrario. Ensayemos, en efecto, concebir el mal en sí mismo y como en su esencia. Para esto, es preciso concebirlo exento de toda mezcla de bien. Pero no hay ninguna determinación positiva que no implique el bien de que participa. Por lo tanto, cuantas veces tratásemos de determinar el mal en sí, lo destruiríamos mezclándolo con el bien; sería tal ó tal mal, no sería *el* mal. Existencia y determinación son sinónimas. Si el mal es completamente indeterminado, no existe. El ser, ¿no es un bien? El mal que existe, ¿no viene á ser bueno en algún modo por su existencia misma? ¿No deja de ser el mal en sí, el mal sin mezcla, el mal absoluto? Cosa extraña; en el momento en que queremos percibir la esencia del mal, esta esencia se nos escapa y desvanece en la indeterminación absoluta. La esencia del mal consiste en no tenerla.

El mal absoluto sería la nada absoluta, y no existe, por consiguiente. Se puede desafiar á la inteligencia humana á que le dé una forma, cualquiera que ella sea. ¿Diremos que la existencia corporal es el mal? No; porque en el cuerpo más vil, más elemental, más pobre de atributos, hay, sin embargo, la imagen confusa de alguna Idea, cierto orden de partes, cierta especie de movimiento que supone la presencia de algu-

na fuerza motora. La fuerza, la forma, el orden, ¿no son ya el bien? El solo hecho de conocer una cosa, prueba que hay en ella un elemento inteligible, un elemento de bondad, un reflejo de la inteligencia misma, como un rayo de luz divina que la hace visible á nuestros ojos. Concebimos el mal absoluto como vemos las tinieblas, por la ausencia de toda visión. Pensar en el mal, es negar todo pensamiento, es no pensar en nada.

Luego no se debe decir que el mal es el *cuerpo*, ó que es el *error*, ó que es el *vicio*. Estos son males, sí, pero no el mal. En el error, hay un acto positivo de la inteligencia que toma un objeto por otro, y todo ejercicio de la inteligencia implica el bien. En el vicio hay un mal uso de las fuerzas del alma, que son buenas en sí mismas. No conocemos, pues, tal ó cual mal, como conocemos tal ó cual materia. El mal es la materia misma, es decir, el no-ser, que concebimos por un razonamiento indirecto y grosero. Y aun la materia misma no es el mal absoluto, porque no es la nada absoluta que suprimiría á Dios mismo. La materia es *lo posible, lo contingente*. No es, pero puede ser, y es ya un bien. Este bien lo recibe de Dios, porque Dios es el que funda la posibilidad de lo posible; hay, por tanto, en Dios mismo, alguna perfección, alguna Idea de donde resulta esta posibilidad; es la Idea del no-ser relativa. «Lo uno, decía Platón, existe absolutamente; lo infinito no existe más que relativamente á lo uno.» De este modo, la materia se enlaza con la Unidad por medio de una relación necesaria. En cuanto á la nada absoluta, no es ni real, ni posible, ni finita, ni indefinida, ni necesaria, ni contingente, ni Dios, ni materia. No es nada, ni siquiera un pensamiento, y menos un pensamiento que todo lo demás. Si fuese alguna cosa, sería el mal absoluto, eterno, inmutable; y ni si-

quiera se puede decir que sería malo, porque es atribuir una cualidad á lo que no tiene ninguna. No pensemos la nada, ó al menos no la pensemos sino negando todo pensamiento. Dejemos á los sofistas esa quimera del espíritu que vanamente intentan comprender.

En definitiva, el mal, considerado generalmente, es lo puro posible. Hablemos más exactamente aún; lo posible, que en sí mismo no es ni bueno ni malo, es solamente el principio del mal. Para que el mal se realice, es preciso que el bien contingente se realice también; y en este caso el mal no es real, sino como límite del bien; es siempre no lo positivo, sino lo negativo; es lo posible dominando á toda realidad imperfecta; es el *menor* bien. Es, como más adelante diremos, con arreglo á los principios de Platón, *causa deficiens, non efficiens*.

Ahora bien; por lo mismo que el Bien absoluto existe necesaria y eternamente, resulta que lo posible mismo es necesaria y eternamente posible. Si no lo fuese, el Bien absoluto no poseería en sí todas las perfecciones que el pensamiento concibe; no poseería la fecundidad y la potencia, ni bastante suma de realidad y de bien para comunicarse sin empobrecerse; no sería el Ser perfecto. Así, pues, de la existencia necesaria del Bien resulta la existencia necesaria de la materia, no en sí, sino relativamente al Bien. Nunca se debe echar en olvido este carácter relativo atribuido á la materia por Platón, como lo demuestran el *Sofista*, el *Parménides* y el *Timeo*, y como lo repite frecuentemente Aristóteles. La eternidad del ser necesario arrastra la necesidad de lo contingente, que contiene eminentemente en sí mismo. El dualismo platónico tiende, por consiguiente, á la absorción del término relativo en el término absoluto, de la multiplici-

de lo diverso (la opinión)... En medio de estos desórdenes y de otros semejantes, cuando los círculos llegan á encontrar en el exterior algún objeto de la especie de lo mismo (las Ideas) ó de la especie de lo diverso (las cosas sensibles), dan á estos objetos los nombres de *lo mismo* y de *lo diverso*, al encuentro de la verdad; se hacen mentirosos y extravagantes, y no hay en ellos ningún círculo que dirija y conduzca á los otros. El alma comienza, pues, por carecer de razón cuando acaba de ser unida á un cuerpo mortal.» Pero la calma y la regularidad reaparecen poco á poco en los círculos del alma «y hacen sabio al hombre en el cual se encuentran. Y si además se ha recibido una buena educación, se hace uno hombre completo y perfectamente sano, y se evita la más grave de las enfermedades». El error y el vicio resultan, pues, del contacto del alma racional con el cuerpo por medio del alma mortal. El error es el estado de la inteligencia que, en relación con lo relativo y como sumergida en la materia, confunde una relación con otra y mezcla los géneros de modo diferente á aquel con que están mezclados en la realidad. El error, cuando versa sobre lo injusto y lo justo, engendra el vicio, que no es más que un cambio de dirección en las fuerzas del alma. En lugar de ir hacia un gran bien, hacia el Bien absoluto, el alma se vuelve entonces hacia un bien menor, hacia el cuerpo, y el cuerpo es un mal por respecto al alma, aunque en sí mismo un bien por respecto á la materia informe.

III

Mas, ¿por qué Dios ha permitido este contacto del alma inmortal con el alma mortal y con el cuerpo?

Sin duda porque es necesario que el bien penetre hasta el otro extremo de la cadena de los seres y el alma hasta la materia, para que el Todo sea perfecto; que no haya solamente de una parte las almas irracionales é inmortales, sino también, entre estas dos especies de almas, almas intermedias, racionales y mortales á la vez. En la dialéctica no se puede saltar de un género á otro distante del primero; hay especies intermedias que expresan formas posibles del ser y que son como una serie. El Demiurgo realiza todas estas formas en la obra dialéctica de la producción del mundo. «Es preciso que el Todo sea verdaderamente un Todo (1)», que el *universo* sea verdaderamente *universal*, como el pensamiento divino.

Luego el mal de las almas, como el de los cuerpos, tiene por fin mayor bien y no hace más que aumentar la perfección y la comprensión del Todo (2). No aparece sino cuando se considera en sí misma una sola parte del Todo, una sola alma, un solo individuo. Esta visión parcial, limitada y como negativa, produce la ilusión del mal. Cuando se considera cada parte, no en sí misma, sino en el Todo, el mal desaparece y el universo es el mejor posible; la razón *corrige*, desde el punto de vista de lo universal y de la *Idea*, el error de la *opinión*, que no conoce más que lo particular y lo relativo. «El que tiene cuidado de todas las cosas, las ha dispuesto para la conservación y el bien del conjunto; cada parte no recibe ó no hace más que lo

(1) *Timeo*, loco citato.

(2) Platón sostiene también en la *República*, que si el mal se apodera de los buenos, es por su bien. «Todos los males los conducirán á un bien, ya durante su vida, ya después de su muerte. El mal que suceda á los males también tiene por objeto su bien. (*República*, II, 380, a; *Gorg.*, 479, e y siguientes.)

que le conviene recibir ú obrar; ha engendrado seres que velen continuamente sobre cada individuo hasta la menor de sus acciones, y lleven la perfección hasta los últimos detalles. Tú mismo, ruin mortal, por pequeño que seas, entras con algún fin en el orden general, y te relacionas con él sin cesar. Pero no ves que toda generación se verifica, hecha consideración del Todo, á fin de que viva una vida feliz; que el universo no existe para ti, sino que tú existes para el universo (1). Todo médico, todo artista hábil, dirige sus operaciones hacia un todo y tiende á la mayor perfección del todo; hace la parte á causa del todo, y no el todo á causa de la parte; y si murmuras, es porque no sabes *cómo tu propio bien* se relaciona á la vez *contigo mismo y con el todo*, según las leyes de la existencia universal (2). Como la misma alma siempre va destinada tan pronto á un cuerpo como á otro, y experimenta todo género de cambios, ó por si misma ó por otra alma, no le resta *al jugador de dados* más que poner lo que se ha hecho mejor en mejor lugar y en peor puesto lo que ha empeorado, tratando á cada uno según sus obras, á fin de que todos disfruten la suerte que merecen. Habiendo observado el rey del mundo que todas nuestras operaciones vienen del alma, y que llevan mezclados el vicio y la virtud, que el alma y el cuerpo, aunque no sean eternos como los verdaderos dioses, no deben perecer jamás (porque si el cuerpo ó el alma llegase á perecer, toda ge-

(1) Aquí palpita el espíritu de unidad, que en la política ha producido la absorción del individuo en el Estado.

(2) Obsérvese el movimiento dialéctico que lleva, aún aquí, á la comprensión infinita del bien; el bien para un ser debe ser también bueno para los demás seres; y sobre estos dos términos se eleva la Idea final del Bien en sí.

neración de seres animados cesaría), y que la naturaleza del bien, en cuanto que viene del alma, es ser siempre útil, mientras que el mal siempre es funesto; habiendo visto todo esto el rey del mundo, digo, imaginó en la distribución de cada parte el sistema que juzgó más fácil y mejor, á fin de que *el bien estuviese en la parte superior y el mal en la inferior del universo*. Por respecto á esta visión del Todo, ha ordenado la combinación general de los puestos y de los lugares que cada ser debe tomar y ocupar según sus *cualidades distintivas*. Pero ha dejado á disposición de nuestras voluntades las causas de donde dependen las cualidades de cada uno de nosotros, porque cada hombre es ordinariamente tal como quiere ser, según las *inclinaciones* á que se abandona y el *carácter de su alma*. Así, pues, todos los seres animados están sujetos á diversos cambios, cuyo principio está dentro de ellos mismos; y á consecuencia de estos cambios, cada uno se encuentra en el orden y en el lugar marcado por el destino... Mi querido hijo, que te crees desdeñado de los dioses, si nos pervertimos, somos conducidos á la morada de las almas criminales; si cambiamos *de bien á mejor*, vamos á unirnos con las almas santas; en una palabra, según la vida y todas las muertes que sucesivamente se sufren, los semejantes se unen á sus semejantes y reciben todo lo que naturalmente deben esperar. » El bien produce el bien, el mal produce el mal, hasta que, por la expiación, el mal vuelve al bien. « Ni tú ni otro cualquiera podréis dominar á los dioses, sustrayéndoos al orden que ha establecido para que fuese observado más inviolablemente que ningún otro, y que hemos de respetar infinitamente. Nunca podrás subvertirlo, aun cuando seas lo bastante pequeño para penetrar en las pro-

fundidades de la tierra, ni lo bastante grande para elevarte hasta el cielo; sino que llevarás sobre ti el trabajo que te han encomendado en la tierra ó en los infiernos.

De esta manera, Platón, haciendo salir de la teoría de las Ideas el optimismo que necesariamente contiene, considera el mal, ó como relativo, ó como efímero y reparable; á las objeciones sacadas del mal del alma y del injusto reparto de bienes y males, responde con la doctrina de la inmortalidad, íntimamente unida á la de la providencia.
